



PATRIMONIALIZACIÓN
DE LA NATURALEZA. EL
MARCO SOCIAL DE LAS
POLÍTICAS AMBIENTALES

Oriol Beltran, José J. Pascual
Ismael Vaccaro (Coordinadores)

9

CONSUMIENDO ESPACIO, NATURALEZA Y CULTURA. CUESTIONES PATRIMONIALES EN LA HIPERMODERNIDAD¹

ISMAEL VACCARO
McGill University

ORIOLE BELTRAN
Universitat de Barcelona

1. CIFRAS Y LUGARES

En las últimas décadas, el Pirineo catalán ha experimentado un importante proceso de transformaciones socioeconómicas y medioambientales. Sus montañas han sido objeto de la aparición de nuevos usos relacionados con la conservación de la naturaleza, el ocio y la puesta en valor de la cultura tradicional. Los espacios naturales protegidos, las estaciones de esquí y los museos etnológicos constituyen los elementos más emblemáticos de un proceso de territorialización que ha dado lugar a profundos cambios en la economía y en la identidad de la población local así como efectos en la ecología misma de la zona. Las condiciones que han propiciado las actuales formas de apropiación, no obstante, no son recientes sino que comenzaron a establecerse hace doscientos años.

En Cataluña, las seis comarcas pertenecientes al alto Pirineo y las cuatro consideradas como pre-pirenaicas abarcan en su conjunto 965.324 ha. En estas mismas comarcas hay actualmente 85 espacios sujetos a alguna medida de protección ambiental, que suman un total de 389.475 ha, el 40,35% de su superficie.² El Pirineo catalán alberga,

¹ El presente trabajo se inscribe en la investigación "Els comunals al Pallars Sobirà. Els usos tradicionals de la muntanya en el marc dels espais naturals protegits" del Inventari del Patrimoni Etnològic de Catalunya (IPEC) de la Generalitat de Catalunya. Una primera versión del mismo, con el título "Consuming space, nature and culture: patrimonial discussions in the hyper-modern era" fue publicada en 2007 en *Tourism Geographies*, 9, pp. 254-274.

² La relación es la que establece el Pla d'Espais d'Interès Natural (PEIN) e incluye un parque nacional (Aigüestortes i Estany de Sant Maurici), tres parques naturales (Alt Pirineu, Cadí-Moixeró y Zona Volcànica de la Garrotxa), un paraje natural de interés

al mismo tiempo, 17 estaciones de esquí. Aunque resulta difícil determinar con precisión la ocupación que implica cada uno de estos complejos turísticos, resulta evidente que su incidencia a nivel social y ambiental supera el espacio ocupado estrictamente por las pistas y los remontes si contabilizamos también los accesos, los servicios y los alojamientos que se asocian a los mismos.

Estas cifras son todavía más sorprendentes en algunos casos. El Pallars Sobirà, por ejemplo, tiene más de dos tercios de su territorio sometido a alguna figura de conservación y mantiene abiertas cinco estaciones de esquí. La Val d'Aran, por su parte, con un 58,9% de su superficie declarada como protegida, acoge la mayor estación de la zona, Baqueira Beret, con un dominio esquiable de 1.922 ha, 104 km de pistas balizadas y una capacidad de 56.403 esquiadores/hora.

En las dos últimas décadas, finalmente, las comarcas pirenaicas de Cataluña han asistido a la creación de numerosos museos destinados a presentar las formas de vida y la cultura material de pastores trashumantes, agricultores, mineros del carbón, trabajadores forestales y almadieros ("raiers") que habían caracterizado la sociedad rural de la zona hasta no hace muchos años.³

Parques, complejos turísticos y museos vinculan estas áreas, históricamente marginales, con el espacio regional y nacional a través de las redes establecidas por la economía del ocio y los servicios. Las iniciativas que los han promovido se dirigen, de un modo más o menos explícito, al uso y la admiración de visitantes y turistas. Los valores naturales y culturales de la montaña son declarados objeto de protección porque se consideran patrimonio nacional o de la humanidad, en un proceso de patrimonialización paralelo al que ocurre en otras regiones. Si se preservan no es porque sean apreciados por parte de las comunidades locales, sino porque lo son por la sociedad nacional en su conjunto. En este nuevo contexto, el paisaje y los productos de la cultura no se valoran por su utilidad material sino

nacional (Massís del Pedraforca) y cinco reservas nacionales de caza (Alt Pallars-Aran, Boumort, Cerdanya-Alt Urgell, Cadí y Freser-Setcases).

³ Cabe mencionar, junto a otros equipamientos de carácter comarcal, el Museu de les Mines de Cercs, el Museu dels Pastors de Castellar de n'Hug, el Ecomuseu de les Valls d'Àneu, la Serradora d'Àreu, el Museu del Pastor de Llessui y el Museu del Raier de Pont de Claverol.

que adquieren una cualidad intrínseca y en tanto que objetos de contemplación (Valdés, 2004).

Tabla1. Comarcas y espacios naturales protegidos del Pirineo catalán (2007)

	Población	Superficie (ha)	Superficie PEIN (ha)	% PEIN	Espacios PEIN
Alt Urgell	21.566	144.748	48.795	33,71	11
Alta Ribagorça	4.123	42.686	20.929	49,03	5
Berguedà	40.479	118.489	37.858	31,95	14
Cerdanya	17.744	54.657	20.296	37,13	5
Garrotxa	53.507	73.539	38.325	52,12	5
Pallars Jussà	13.467	134.308	46.217	34,41	9
Pallars Sobirà	7.191	137.792	95.683	69,44	7
Ripollès	26.576	95.624	32.081	33,55	10
Solsonès	13.401	100.121	11.937	11,92	8
Val d'Aran	9.815	63.360	37.353	58,95	11
Total	196.685	965.324	389.475	40,35	85

Fuente: Idescat.net y Pla d'Espais d'Interès Natural (PEIN). Elaboración propia.

Este mismo proceso ha contribuido a alterar las formas de construcción de la identidad colectiva. La percepción del espacio propio y el sentido de pertenencia al lugar no dependen sólo del ámbito local sino que emergen como un resultado de interacciones que se producen entre un conjunto de lugares, individuos y conceptos situados a distintos niveles sociales y geográficos (Sivarakrishnan y Agrawal, 2003). La sociedad en red articula las periferias internas del mundo occidental a través de procesos caracterizados por la integración y el conflicto (Castells, 1996; Tsing, 2004).

Este trabajo analiza el moderno proceso de transformación de las zonas rurales de montaña que tiene lugar en el marco de una definición postmaterialista de los recursos naturales y una reorientación de los flujos demográficos, económicos e ideológicos asociados a su gestión. Esta reorganización del espacio, los usos y los recursos está mediatizada, generalmente, por los valores y el consumo urbanos. Los turistas que consumen naturaleza, ocio y cultura son en

su inmensa mayoría no-locales que proceden de las ciudades (Böröcz, 1996; Cross, 1993).

Este proceso de redefinición territorial es especialmente interesante al afectar una zona y un tipo de recursos naturales donde la propiedad comunal ha sido históricamente la forma de apropiación predominante. En las montañas del Pirineo catalán, las transformaciones históricas de la estructura de propiedad son en su mayor parte un producto de las políticas estatales, que han precedido a los cambios en las prácticas productivas y han influido en las pautas demográficas y la identidad colectiva de las comunidades locales.

2. MONTAÑAS CAMBIANTES

En los últimos doscientos años se han producido algunos cambios espectaculares en el Pirineo catalán. A pesar de que este proceso adquiere unos rasgos específicos y unas dinámicas distintivas en cada valle e incluso en cada localidad concreta (Vaccaro y Beltran, 2007), algunos ejemplos permiten esbozar una caracterización general de la mencionada transformación social, económica y ecológica así como de su propia complejidad.

A principios del siglo XIX la mayoría de la población pirenaica trabajaba todavía en la agricultura y la ganadería. La mayor parte de la producción local se orientaba al propio consumo y el intercambio a pequeña escala. Las redes económicas de larga distancia en las que participaban el hierro y las herramientas del Ripollès, la lana procedente del Berguedà o la Alta Ribagorça, o la madera que era transportada aprovechando el curso del Noguera Pallaresa y el Noguera Ribagorçana, constituían algunas de las excepciones más destacadas frente al predominio de las explotaciones agropecuarias de carácter familiar.

Las comunidades locales dependían más de sus propios recursos que del capital generado a través del comercio. Este modo de producción, establecido en la zona desde la Edad Media, favorecía un patrón de asentamiento de tipo disperso. El fondo de los valles, con escasos espacios adecuados para la agricultura y un mayor potencial para conectarse con las comarcas del llano, concentraba los mayores núcleos de población. La gama de las formas de asentamiento incluía

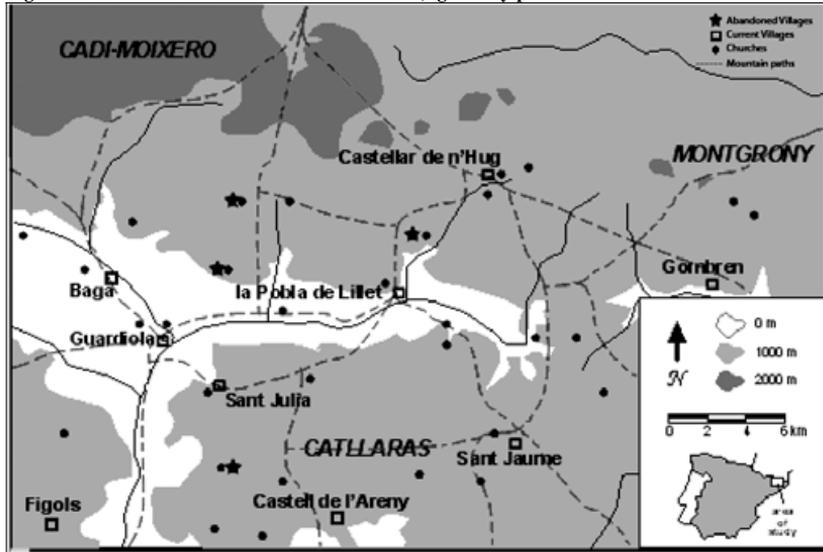
también pequeños pueblos, aldeas y granjas aisladas. El paisaje pirenaico pre-industrial presentaba, en definitiva, una notable vitalidad y, en términos relativos, estaba densamente poblado.

A comienzos del siglo XIX, paralelamente a la configuración del Estado español moderno, se inicia el declive de muchas de estas pequeñas comunidades locales. Con el objetivo de lograr una mayor eficiencia, se impulsará una reforma de la estructura administrativa del país en base a criterios estandarizados como el tamaño demográfico mínimo, la conectividad a los mercados y la viabilidad económica de cada núcleo de población. Únicamente las localidades que cumplieran con estos requisitos lograrían alcanzar la categoría de municipios y se beneficiarán, de este modo, de los servicios públicos. La implantación de la administración municipal constituiría la primera etapa de las políticas de territorialización impulsadas contemporáneamente por el Estado.⁴

La mayoría de las comunidades locales situadas a una mayor altitud y cerca de los puertos de montaña no lograron alcanzar este reconocimiento legal. Por entonces, el comercio ya no circulaba a través de los senderos que cruzaban transversalmente las montañas sino que se había ido desplazando a la red viaria que se construirá verticalmente, siguiendo el curso de los ríos, a través de los valles principales y que conectarán este espacio con el llano y, en última instancia, con las ciudades. Los habitantes de las granjas y las aldeas situadas en las laderas y los valles secundarios se vieron cada vez más obligados a desplazarse. Para acceder a los servicios públicos tenían que trasladarse a menudo para adquirir suministros, escolarizar a los niños, resolver todo tipo de trámites legales, vender sus productos o encontrar personas con las que aparejarse, entre otras muchas necesidades a satisfacer. Sin tratarse de una reubicación forzosa, los incentivos y los costos asociados a este proceso de territorialización favorecieron la emigración.

⁴ El término territorialización ha sido utilizado por Braun (2002), Hannah (2000) y Peluso y Vandergeist (2001).

Figura 1. Valle de Lillet: vías de comunicación, iglesias y pueblos abandonados.



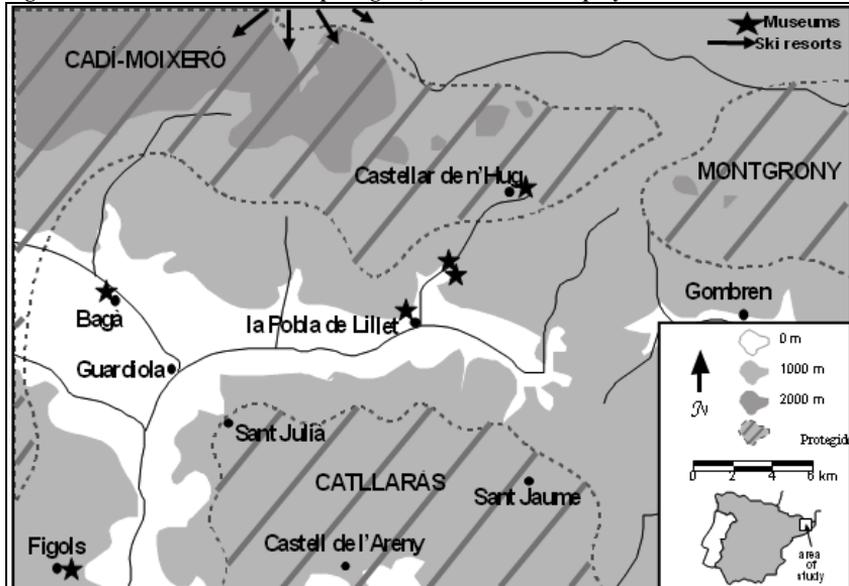
Elaborado por J. Deo y L. Zanotti.

Los restos de pueblos abandonados, las granjas en ruinas, las iglesias cerradas, los caminos abandonados y los prados invadidos por el avance de los bosques permanecen todavía hoy como testigos mudos de una época en la que cada pequeño espacio de la montaña estaba íntimamente asociado a una familia o una comunidad local. Las figuras 1 y 2 muestran el Valle de Lillet (Berguedà) como un ejemplo del mencionado proceso. El primer mapa representa la red de caminos utilizados históricamente por los pastores trashumantes. La mayoría de ellos ya no se utiliza nunca. El mapa incluye también diversos pueblos emplazados a media altitud que están hoy abandonados. Por último, se sitúan también las numerosas iglesias de la zona que, sólo en algunos casos, se utilizan todavía aunque de una forma ocasional. El mapa, en suma, refleja un paisaje donde todos los rincones del valle y de la montaña estaban socializados y se utilizaban de forma intensiva.

La segunda figura ilustra los rasgos sociales más destacados del paisaje que presenta este mismo valle a comienzos del siglo XXI. La

antigua actividad de las montañas, dispersa pero omnipresente, ha sido substituida por los espacios protegidos, las estaciones de esquí y los museos sobre las formas de vida tradicionales. El valle ha sido reconfigurado para proporcionar bienes y servicios a los visitantes.

Figura 2. El valle de Lillet: áreas protegidas, estaciones de esquí y museos



Elaborado por J. Deo y L. Zanotti

En el Pallars Sobirà, por su parte, la desaparición de pequeños núcleos de población a raíz de la modernización de la administración local todavía es más sorprendente. Después de 1842 no menos de treinta comunidades locales dejan de figurar en los registros oficiales. Este descenso sólo puede ser comparado al cierre de núcleos habitados debida a la aceleración de la despoblación durante los años 1970, cuando se producen dieciséis pérdidas. En la actualidad, los pueblos de la comarca se agrupan sólo en 15 municipios. Los registros de hace ciento cincuenta años, en definitiva, daban cuenta de 108 aldeas y caseríos que dejarán de tener un reconocimiento administrativo por

parte del Estado. Sólo una parte de ellos todavía permanecen habitados.

El Berguedà y el Pallars Sobirà representan los dos extremos de los cambios registrados contemporáneamente en el Pirineo catalán. La mayor parte de la primera comarca se integró en las redes industriales que dominaban el conjunto del país. La segunda, por el contrario, se mantuvo en la periferia, aislada, y los principales cambios experimentados por sus valles consistieron en unas importantes pérdidas de población en favor del llano. El Pallars Sobirà, que permanecerá al margen del proceso de industrialización, comenzó a registrar un importante descenso demográfico desde finales del siglo XIX. La actividad industrial del Berguedà, por el contrario, permitió ralentizar el proceso de despoblación en términos absolutos hasta el decenio de 1960.

Junto a la implantación de la administración municipal, el Estado impulsó dos nuevas fases del proceso de territorialización que tuvieron una fuerte repercusión en el Pirineo catalán: las campañas de desamortización (1850-1900) y de expropiaciones forestales (1900-1960).⁵ A raíz de las mismas, grandes extensiones de territorio fueron apropiadas por el Estado. En el primer caso, este resultado fue una consecuencia de sucesivas medidas desamortizadoras que pretendían introducir las tierras consideradas como no productivas en el mercado inmobiliario. La propiedad comunal, muy extendida hasta entonces en los montes pirenaicos, quedó especialmente afectada. A los ojos de los liberales del siglo XIX, las formas de propiedad no privada resultaban ineficientes por lo que su liberalización contribuiría al fomento de la economía nacional. En el segundo caso, el cuerpo de ingenieros forestales del Estado fue facultado para decidir acerca de la condición de la tierra. La construcción de embalses, masiva en aquel momento, justificaba una preocupación por la deforestación y la erosión que amenazaban su eficiencia. De acuerdo con las recomendaciones de los ingenieros, miles de hectáreas fueron expropiadas por el Estado. Los usos tradicionales del territorio fueron considerados como perjudiciales y generadores de erosión. Las tierras confiscadas fueron

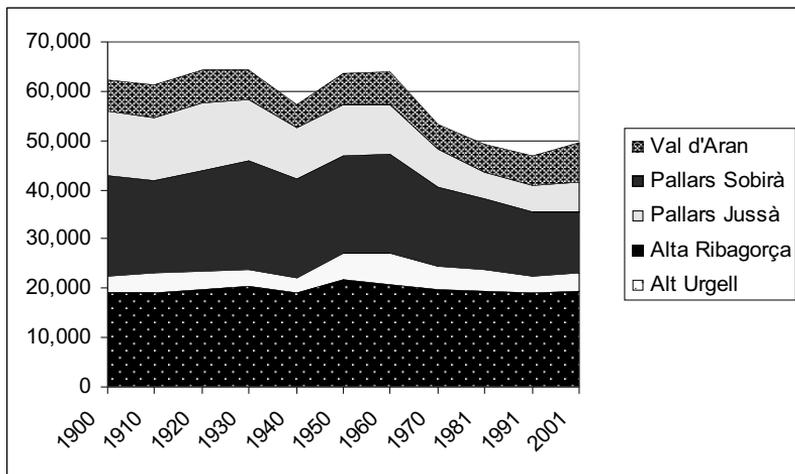
⁵ Para profundizar en las consecuencias locales de las políticas mencionadas, véase Gomez (1992) y Vaccaro (2005).

cerradas, desocupadas y pasaron a ser mantenidas desde instancias gubernamentales. En muchos casos, las personas que habían vivido y trabajado en los montes expropiados se vieron obligadas a trasladarse a las localidades del valle.

Poco a poco las montañas comenzaron a despoblarse. Algunos aldeanos emigraron motivados por el poder de atracción de las poblaciones emergentes. En otros casos, el abandono de los pequeños pueblos fue provocado por el propio carácter masivo del cambio demográfico. La región, en términos absolutos, no perdió población. Por el contrario, los valles en proceso de industrialización incluso recibieron trabajadores procedentes de otras regiones.

El declive de la industria textil catalana, incapaz de competir con Marruecos o Extremo Oriente en costes de producción, la sustitución de la energía hidroeléctrica por el petróleo y la energía nuclear, el cierre de las minas de carbón a raíz de la competencia de Sudáfrica y la crisis petrolera mundial de los años setenta aniquilaron las posibilidades industriales de los Pirineos del mismo modo que en muchas otras grandes regiones en el interior del mundo occidental. La globalización y los bajos costes del transporte anularon las ventajas productivas que las comunidades de montaña habían podido ofrecer hasta aquel momento.

De repente, el ya precario mercado de trabajo de los Pirineos se desplomó. Las comarcas industrializadas se sumaron a la tendencia a la despoblación que, en las zonas más marginales, había comenzado cincuenta años antes. En esta ocasión, la migración no se detuvo en las localidades medianas de los valles sino que la gente fue impulsada hasta las zonas urbanas. El Pirineo catalán experimentó, en su conjunto, un agudo proceso de despoblación y de envejecimiento.

Figura 4. Evolución demográfica del Alto Pirineo catalán (1900-2001)

Fuente: 1900-1970: Sabartés, 1993; 1981-2001: Idescat.net. **Elaboración propia**

La situación descrita preparó el escenario para la siguiente transformación económica de estas montañas impulsada desde hace unos veinte años por una nueva campaña en las políticas de territorialización del Estado: la implementación generalizada de espacios naturales protegidos. Los Pirineos postindustriales se caracterizan por unas bajas densidades demográficas, con una población concentrada en pocas localidades y amplios espacios deshabitados, y con unos bosques cada vez más frondosos y en clara expansión. La reducción de la presión productiva ha favorecido un cambio en las características del paisaje, al mismo tiempo que la despoblación y la falta de alternativas comportan unos bajos niveles de resistencia social. Las campañas de territorialización impulsadas por el Estado desde el siglo XIX, finalmente, propiciaron la existencia de grandes reservas de terrenos públicos que actuarán como bases territoriales de estas nuevas políticas.

Paradójicamente, los factores que favorecieron las políticas de conservación, facilitaron también la implantación de complejos turísticos en la región. La existencia de grandes espacios de titularidad municipal o comunal en las montañas ha contribuido a la

consolidación de unos proyectos que requieren de grandes extensiones de territorio. El proceso de despoblación de las zonas de mayor altitud se ha traducido también en una drástica reducción en el número de vecinos con derechos sobre los comunales. Frente al potencial que ofrecen los espacios pastorales y forestales de las altas montañas, la extrema atomización de la propiedad privada de los fondos de valle constituye un obstáculo importante para cualquier proyecto al requerir la aquiescencia de numerosos propietarios.

El turismo de aventura y de esquí ha favorecido una reactivación social de muchas de estas comarcas. La relativa recuperación demográfica que registran los censos en los últimos quince años puede relacionarse con esta transformación económica. La industria de los servicios genera unos ingresos importantes en términos de salarios y de beneficios procedentes de la especulación del suelo. Es cuestionable no obstante, que las ganancias se distribuyan de una forma equitativa entre la población local y que compensen los daños en la estructura social y ecológica a largo plazo. Las comunidades locales están lejos de ser homogéneas frente a las nuevas oportunidades económicas. Las actividades turísticas dependen en gran medida de alianzas con fuentes externas de financiación y con las instituciones públicas (Haenn, 2005; Hall, 1994; Lindberg y Enriquez, 1994). Algunas poblaciones han conseguido mantener un control sobre la incipiente industria turística local, mientras que, con una mayor frecuencia, son empresas de base urbana las que dominan la actividad. Otros valles, finalmente, permanecen en gran medida sin explotar.

La historia siempre se ha caracterizado por la presencia de flujos económicos de distinta intensidad. Frente a la idealización romántica que reproduce la patrimonialización de la cultura, no ha existido nunca un idílico paisaje pirenaico caracterizado por el aislamiento, la armonía y la autosuficiencia absoluta. En la actualidad, en el contexto de una era urbana globalizada, los criterios de producción, comercialización y consumo se conforman en estrecha conexión con las redes infraestructurales que canalizan los flujos demográficos y materiales, así como la circulación de información, que abastecen las ciudades.

Fue la intensificación de estas redes aquello que destruyó cualquier ventaja competitiva de la industria en la montaña. El proceso de industrialización temprana favoreció que éstas pasaran a relacionarse con las ciudades mediante el aprovechamiento de los recursos locales a partir de prácticas extractivas. Por todo el país, los ingenieros se dedicaron a localizar y evaluar los recursos naturales susceptibles de alimentar el progreso de la revolución industrial. Los Pirineos proveyeron carbón, madera y energía hidroeléctrica fundamentalmente en favor de este proceso. La explotación de estos recursos favoreció la construcción de infraestructuras de gran impacto que distorsionaron el paisaje tradicional. Este proceso puede ser descrito en términos de flujos unilineales de materia y energía desde el campo a las ciudades. La separación existente entre ambos espacios, sin embargo, se mantuvo.

La transformación postmaterialista del Pirineo catalán ocurrida en las últimas décadas ha modificado significativamente esta relación. La implementación de áreas protegidas y estaciones de esquí afecta más al conjunto del espacio que a determinados recursos, al favorecer la apropiación territorial y la urbanización del paisaje para fines de consumo. Las iniciativas públicas y privadas compiten por las mejores zonas de las montañas. Tanto si el objetivo es la conservación como la especulación, el territorio se configura como un factor esencial para los nuevos usos. La nueva valoración de las cualidades estéticas del alto Pirineo, junto con la mejora de las infraestructuras y la creación de atracciones turísticas tales como parques y estaciones de esquí, se ha traducido en un desarrollo espectacular de los procesos de urbanización del territorio.

Se construyen nuevas residencias y se reforman las antiguas para proporcionar segundas residencias a los habitantes de la ciudad. Estos hogares, utilizados en los fines de semana o las vacaciones estivales, permanecen vacíos durante la mayor parte del tiempo. En algunos casos, los pequeños pueblos se han convertido en localidades fantasma excepto en unas pocas semanas del año. En Aineto, por ejemplo, un pueblo con una veintena de casas, sólo dos de ellas están ocupadas de manera permanente. Los vecinos han trasladado la celebración de la fiesta local a agosto, el único momento del año en que la localidad tiene suficiente población para poder celebrarla. Al mismo tiempo,

grandes edificios de apartamentos rodean localidades como Sort, Rialp o Esterri d'Àneu en un rápido proceso de expansión urbana. Los pisos, sin embargo, permanecen cerrados durante la mayor parte del año.

Tabla 2. Evolución del número de segundas residencias (1960-2001)

	1960	1970	1981	1991	2001
Alt Urgell	87	437	1.093	1.094	2.035
Alta Ribagorça	19	123	247	648	867
Cerdanya	532	1.052	3.692	6.776	9.072
Pallars Jussà	105	619	1.960	1.946	2.649
Pallars Sobirà	21	204	1.065	1.797	2.235
Val d'Aran	18	347	2.676	3.980	4.345
Total	782	2.782	10.733	16.241	21.203

Fuente: Campillo y Font, 2004.

Aunque el desarrollo del turismo ha generado un aumento de puestos de trabajo locales y ha contribuido a mantener algunos jóvenes en la zona, los propietarios de segundas residencias, los esquiadores y los turistas en general, no favorecen la vitalidad social de las comunidades locales, que se caracterizan por las casas vacías y un envejecimiento de la población (Butler, 1994).

3. PATRIMONIALIZACIÓN Y CONSUMO

La vida social de las montañas pirenaicas a lo largo de la historia puede interpretarse como condicionada por una circulación de flujos. Los recursos naturales siempre fueron explotados, en el pasado, de una u otra manera. Hoy en día, sin embargo, tanto las condiciones de uso como la intensidad y la escala de los aprovechamientos son muy distintas. La montaña ha sido radicalmente reinventada para convertirse en patrimonio natural y en un espacio para el ocio. Los nuevos usos se traducen en una recalificación simbólica, económica y jurídica del territorio.

Al mismo tiempo, estos usos se encuentran asociados a un tipo específico de actores no locales. Las políticas de conservación, generalmente, son dictadas y sostenidas por el Estado. Las estaciones de esquí, que requieren de grandes inversiones, suelen estar lejos de las posibilidades de las poblaciones locales e implican el desembarco de empresas o consorcios que establecen, a menudo, alianzas con las élites locales. Tanto los parques naturales como los complejos turísticos, de este modo, se implantan en espacios apropiados por parte de instituciones externas.

Estas apropiaciones se dirigen a proporcionar unos recursos importantes en el contexto de la nueva economía: la naturaleza singular y el potencial para el ocio. Las motivaciones existentes en uno y otro caso, puede afirmarse, son radicalmente distintas. Las políticas de conservación persiguen proteger la biodiversidad, mientras que las estaciones de esquí están diseñadas para producir ganancias (y contribuyen, de un modo colateral, a degradar la biodiversidad). Parques y estaciones comparten, sin embargo, ciertos rasgos comunes. En primer lugar, requieren de una gran cantidad de espacio. Segundo, están diseñados y administrados por instituciones externas. Tercero, los usos locales tradicionales quedan excluidos o son estrictamente regulados. Cuarto, implican alteraciones sustanciales de los regímenes de propiedad existentes. Quinto, sus potenciales destinatarios, visitantes y esquiadores, son en su mayoría foráneos. Y, por último, en ambos casos la naturaleza es mercantilizada, bien sea como patrimonio común o como un lugar de esparcimiento y diversión.

Los espacios naturales protegidos no responden únicamente a necesidades ecológicas. La creación de un parque o de una reserva implica el establecimiento de nuevas líneas jurisdiccionales sobre el territorio. El área delimitada por estas demarcaciones se transforma de inmediato. Los derechos y los deberes asociados a la propiedad son alterados por nuevas regulaciones. Se trata, por tanto, de un proceso político (Anderson y Grove, 1987; Stonich, 2000). Al mismo tiempo, la implantación de un espacio protegido se orienta a preservar un tipo específico de medio ambiente o a restablecer otro. La naturaleza, sin embargo, está sujeta a una dinámica de cambios permanentes (Abel y

Stepp, 2003; Scoones, 1999), por lo que las políticas de conservación constituyen proyectos dirigidos a congelar una situación ecológica o a transformar otra. En ambos casos se trata de una labor de ingeniería ecológica. Este hecho no resta valor a la existencia de las figuras de protección ambiental ni a su propia actividad, pero permite identificar una de sus características principales: su finalidad última es gestionar, intervenir y modificar, si se considera necesario, un paisaje.

La gestión eficaz de un paisaje protegido consiste en mantener estabilizada una condición deseable. Esta necesidad de congelar la situación ecológica de un paisaje, junto con la obligación de los parques y reservas, en tanto que instituciones públicas, de divulgar sus valores a contribuyentes y consumidores, apunta a la noción de museización. Las áreas protegidas conservan el patrimonio natural colectivo y exhiben este patrimonio a los visitantes a través de folletos, itinerarios guiados y exposiciones. La naturaleza se traduce en cultura y se difunde, mediante sofisticados instrumentos didácticos, en instituciones de carácter museístico. La naturaleza, en definitiva, es administrada a distintos niveles, ecológicos, políticos y culturales.

Estos museos al aire libre que ocupan las partes altas de las montañas tienen su correspondencia en el fondo de los valles. Es allí, en las poblaciones de la ribera, donde se encuentran los museos etnológicos que exhiben las formas de vida tradicionales (y no tan tradicionales). Herramientas, indumentaria, vivienda, costumbres y tradiciones se reúnen y se muestran a los visitantes. En general, estos museos presentan la imagen idealizada de un tipo específico de personas, como los pastores, los mineros o los "raiers" (Cohen, 1988; Harkin, 1995). De este modo, la vida cotidiana y la tradición son integrados como patrimonio en instituciones específicas en las que se construye y se brinda a los turistas una versión del pasado coherente y, en general, estereotipada (Howell, 1994; Kirshenblatt-Gimblett, 1998). Este proceso de patrimonialización establece, a menudo, límites en el comportamiento y la iniciativa locales. Los ayuntamientos aprueban, por ejemplo, normativas urbanísticas que fuerzan a adoptar los llamados estilos tradicionales en las nuevas construcciones o establecen ordenanzas dirigidas a regular el uso del espacio público por parte de los ganaderos. La nueva actividad turística exige que los

pueblos parezcan tradicionales y limpios al mismo tiempo, lo cual no es una tarea fácil cuando la economía tradicional se basa en el pastoreo y la agricultura.

Las versiones de la historia explicadas en los museos constituyen también el resultado de las tensiones políticas y, en última instancia, de un compromiso (Dicks, 1999; Prats, 1997). Su discurso suele incluir explicaciones acerca de las interacciones entre las sociedades tradicionales y el territorio. En estas sociedades, las actividades humanas han tenido unos efectos directos y evidentes sobre el territorio, como ilustra largamente la historia ambiental de las montañas del Mediterráneo (Grove y Rackham, 2001; McNeill, 2004). El territorio se convierte en un paisaje en virtud de las inscripciones sociales que producen las actividades humanas. Estas actividades permiten identificar unas sociedades intensamente asociadas al territorio local y a la naturaleza. Este hecho, en el contexto de nuestras deshumanizadas y desnaturalizadas sociedades en red, allana el camino para una naturalización de las sociedades tradicionales.

A distintos niveles, la naturaleza y la cultura se convierten en una misma cosa. En primer lugar, se integran porque son percibidas como dos componentes esenciales de una totalidad que denominamos paisaje. Segundo, a ambas se les otorga legitimidad histórica, una continuidad temporal que convierte a la naturaleza en parte de nuestra cultura, y a la cultura tradicional en parte de nuestras raíces, de nuestra naturaleza. Finalmente, en razón de esta legitimidad histórica, ambas se convierten en patrimonio colectivo y, como tal, deben ser preservadas mediante museos y políticas de conservación. La naturaleza también es aprovechada para la expansión de los complejos turísticos con el fin de proporcionar ocio. Museos, parques y estaciones de esquí ofrecen un producto que el conjunto de la sociedad nacional considera valioso y deseoso de proteger y adquirir (Crandall, 1980; Urry, 1990). Nosotros, los residentes urbanos, nos desplazamos hasta las montañas, en invierno o en verano, para esquiar, contemplar la "naturaleza salvaje" o impregnarnos de historia cultural. Una parte considerable de los presupuestos públicos asignados a estas zonas se destina a mantener el acceso a los complejos turísticos o la infraestructura de uso público de los parques naturales, esto es, a

garantizar aquellos servicios que son utilizados fundamentalmente por los visitantes.

4. EL SENTIDO DE PERTENENCIA EN LA ERA HIPERMODERNA

La patrimonialización depende de idealizaciones cuidadosamente construidas del pasado natural y cultural. Irónicamente, los agricultores y los ganaderos, que en las montañas pirenaicas pueden trazar genealogías de siglos de ocupación, no suelen compartir estos mismos imaginarios. Se muestran más a menudo, por ejemplo, en contra de la reintroducción de especies: no tienen aprecio por los ungulados porque interfieren los movimientos del ganado y se oponen especialmente a la reintroducción de depredadores (osos o lobos) que sus abuelos contribuyeron a eliminar. Los pastores contemporáneos tampoco encajan con la imagen que se exhibe de ellos en los museos.

En estas montañas la conectividad con el espacio exterior ha sido un factor importante, como mínimo, desde la Edad Media. Las caravanas que transportaban lana permitían vincular sus mercados con los de las ciudades del Languedoc y del centro de Cataluña (Le Roy Ladurie, 1981). La industrialización las enlazó con las regiones industrializadas y una nueva forma de vida. El colapso industrial conectó, de una manera intangible, las montañas del Pirineo catalán con lugares tan remotos como Marruecos y Sudáfrica.

La globalización convirtió, de este modo, a estas montañas en un nodo más en el seno de un sistema económico de carácter mundial. En consecuencia, en nombre de la eficiencia y de la rentabilidad, la red económica se reorganizó y las montañas del mundo occidental quedaron relegadas a ocupar una posición periférica. El desarrollo de un nuevo tipo de mercancías, que responden a un nuevo conjunto de necesidades, ha vuelto a situar estas montañas en la red global. El ocio, la naturaleza y la cultura resitúan las comarcas del Pirineo catalán en una posición más central tanto en el imaginario colectivo como en los flujos económicos y demográficos de la sociedad contemporánea.

La hipermovilidad que domina el actual sistema económico global nos obliga a discutir el sentido de pertenencia al lugar teniendo en cuenta

la larga cadena de conexiones, a distintas escalas geográficas y culturales, que tienen un impacto directo en la construcción de la identidad individual y colectiva. La identidad, en este contexto, no resulta exclusivamente de determinados arreglos locales. La posición de las comunidades locales en relación con la sociedad nacional e internacional es tan importante como su propia dinámica interna.

En esta era hipermoderna, las comarcas del Pirineo catalán están proporcionando naturaleza, ocio y tradición como recursos de la nueva economía. La sociedad global, origen de los visitantes y los turistas que contribuyen a mantener las economías locales, ha generado unas determinadas expectativas en relación con las formas que deberían adoptar las formas de vida de estas comunidades periféricas. Estas expectativas tienen un impacto en cómo los locales se definen y en cómo se presentan ellos mismos ante el mundo exterior.

BIBLIOGRAFÍA

ABEL, Thomas y John R. STEPP (2003) "A New Ecosystems Ecology for Anthropology". *Conservation Ecology*, 7(3) 12 [outline]

ANDERSON, David y Richard GROVE (eds.) (1987) *Conservation in Africa: People, Policies, and Practice*. Cambridge, Cambridge University Press.

BÖRÖCZ, J. (1996) *Leisure Migration: A Sociological study of Tourism*. Nueva York, Pergamon.

BRAUN, B. (2002) *The Intemperate Forest: nature, culture and power in Canada's West coast*. Minneapolis, Minnesota University Press.

BUTLER, R.W. (1994) "Seasonality in Tourism: Issues and Problems" in A. SEATON (ed.) *Tourism: The State of the Art*. Chichester, Wiley, pp. 332-339.

CAMPILLO, Xavier y Xavier FONT (2004) *Avaluació de la sostenibilitat del turisme a l'Alt Pirineu i Aran*. Barcelona, Generalitat de Catalunya.

CASTELLS, Manuel (1996) *The Rise of the Network Society*. Malden, Blackwell.

- COHEN, E. (1988) "Authenticity and commodification in tourism". *Annals of Tourism Research*, 15, pp. 371-386.
- CRANDALL, Rick (1980) "Motivations for leisure". *Journal of Leisure Research*, 12, pp. 45-54.
- CROSS, G. (1993) *Time and Money: The Making of Consumer Culture*. Londres, Routledge.
- DICKS, Bella (1999) "The View of our Town from the Hill: Communities on Display as Local Heritage". *International Journal of Cultural Studies*, 2(3), pp. 349-368.
- GÓMEZ, Josefina (1992) *Ciencia y política de los montes españoles (1848-1936)*. Madrid, ICONA.
- GROVE, A.T. y Oliver RACKHAM (2001) *The Nature of Mediterranean Europe: An Ecological History*. New Haven y Londres, Yale University Press.
- HAENN, Nora (2005) *Fields of Power, Forests Of Discontent: Culture, Conservation, and the State in Mexico*. Tucson, Arizona University Press.
- HALL, Colin Michael (1994) *Tourism and Politics: Policy, Power and Place*. West Sussex, Wiley.
- HANNAH, Matthew G. (2000) *Governmentality and the Mastery of the Territory in Nineteenth Century America*. Cambridge, Cambridge University Press.
- HARKIN, Michael (1995) "Modernist anthropology and tourism of the authentic". *Annals of Tourism Research*, 22, pp. 650-670.
- HOWELL, B.J. (1994) "Weighing the risks and rewards of involvement in cultural conservation and heritage tourism". *Human Organization* 53, pp. 150-159.
- KIRSHENBLATT-GIMBLETT, Barbara (1998) *Destination Culture: Tourism, Museums and Heritage*. Berkeley, University of California Press.
- LE ROY LADURIE, Emmanuel (1981) *Montaillou, aldea occitana de 1294 a 1324*. Madrid, Taurus.

- LINDBERG, Kreg y Jeremy ENRIQUEZ (1994) *An analysis of Ecotourism's Economic Contribution to Conservation and Development in Belize*. Washington D.C., World Wildlife Fund.
- McNEILL, John R. (2004) *El mundo de las montañas del Mediterráneo*. Barcelona, Mediterrània.
- PELUSO, Nancy Lee y Peter VANDERGEIST (2001) "Genealogies of the Political Forest and Customary Rights in Indonesia, Malaysia, and Thailand". *Journal of Asian Studies*, 61, pp. 761-812.
- PRATS, Llorenç (1997) *Antropología y patrimonio*. Barcelona, Ariel.
- SABARTÉS, Josep M. (1993) *L'èxode pellarès: Crisi demogràfica i devallada poblacional als Pallars i a l'Alta Ribagorça (1857-1991)*. Tremp, Garsineu.
- SCOONES, Ian (1999) "New Ecology and the Social Sciences: What Prospects for a Fruitful Engagement?". *Annual Review of Anthropology*, 28, pp. 479-507.
- SIVARAMAKRISHNAN, K. y Arun AGRAWAL (eds.) (2003) *Regional Modernities: The Cultural Politics of Development in India*. Stanford, Stanford University Press.
- STONICH, S.C. (2000) *The Other Side of Paradise: tourism, conservation, and development in the Bay Islands*. Nueva York, Cognizant Common.
- TSING, Anna Lowenhaupt (2004) *Friction: An Ethnography of Global Connection*. Princeton, Princeton University Press.
- URRY, John (1990) *The Tourist Gaze: Leisure and Travel in Contemporary Societies*. Londres, Sage.
- VACCARO, Ismael (2005) "Property mosaic and state-making: Governmentality, expropriation and conservation in the Pyrenees". *Journal of Ecological Anthropology*, 9, pp. 4-19.
- VACCARO, Ismael y Oriol BELTRAN (eds.) (2007) *Ecología política de los Pirineos. Estado, historia y paisaje*. Tremp, Garsineu.
- VALDÉS, Margarita M. (ed.) (2004) *Naturaleza y valor: una aproximación a la ética ambiental*. México, UNAM y Fondo de Cultura Económica.